

EN CRISTO SE NOS OFRECIÓ TRANSFORMAR

EN DIVINO NUESTRO POBRE CORAZÓN.

En Cristo –palabra de Dios hecha carne- supimos que el universo tenía un centro y que ese centro estaba habitado por un Corazón que quería traer vida **“a los suyos”, “a todo hombre”** (Jn 1, 1ss. El juego/duelo que la humanidad e inhumanidad libran en el Corazón de cada uno de nosotros tiene repercusión en el cosmos.

En cada historia humana singular, la Humanidad en su conjunto está en riesgo o en promesa. En el Corazón de Jesús ícono de la <<humanidad>> y de la <<divinidad>>, se dieron cita de una manera divina, todos esos rasgos de lo humano. Y el Corazón suyo –tan divinamente humano – <<**puso fin a la catástrofe**>> provocada por nuestra inhumanidad.

En el seguimiento de Jesús se hace posible irse alejando el asedio a nuestro corazón de todo lo que es inhumanidad. Él vino <<**para rescatarnos de toda clase de maldad y purificarse un pueblo elegido, entregado a Hacer el bien**>> (Tit 2, 14). Puede ser el momento de detenerse en todo el potencial de maldad e inhumanidad que encierra la condición humana desde el principio hasta nuestros días. Es más luminoso traer el testimonio de aquellos que vivieron un tiempo sumergidos en esa inhumanidad y, con la llegada de Jesús a sus vidas, experimentaron una grandísima revolución en sus modos de vivir. Se trata de un “antes” y un “ahora” diametralmente opuestos: **Antes también nosotros, con nuestra insensatez y obstinación, íbamos fuera de camino: éramos esclavos de pasiones, y placeres de todo género, nos pasábamos la vida haciendo daño y comidos en la envidia, éramos insoportables y nos olvidábamos unos a otros. Pero se hizo visible la bondad de Dios y su amor por los hombres, Y ENTONCES...nos salvó con el baño**

regenerador y renovador, con el Espíritu Santo, que Dios derramó copiosamente sobre nosotros, por medio de nuestro Salvador, Jesús el Mesías>> (Tit 3, 3-6). Bañados y purificados por el Espíritu Santo, nuestros corazones desactivan, poco a poco, su potencial deshumanizador.

La lectura y meditación detenida de la Biblia lleva a un muy simple convencimiento. Toda ella no es sino un guión en la que el empeño de Dios por llevarnos a desarrollar nuestras cosas mejores, apoyados por el “aliento”, choca repetida y patéticamente con el deseo del hombre empeñado en construir su vida sobre un guión alternativo que busca apoyar su crecimiento en las fuerzas que, a la postre, le deshumanizan, y le rompen. ¡Prefirieron las tinieblas! Desde siempre Dios ha querido comunicar su <<entrañable humanidad>>. El despliegue de ese AHORA que nos cambió lo retrata Pablo, en los efectos de su Espíritu en nosotros <<**amor, alegría, paz, dominio de sí**>> (Gal 5, 22). Dicho de otra manera, el paso de lo él llama <<hombre viejo>> al <<hombre nuevo>>: **despojaos de la conducta pasada, de la vieja humanidad que se corrompe con deseos engañosos; renovaos en Espíritu y mentalidad; revestíos del hombre nuevo creado a imagen de Dios>>** (Ef 5, 22-24).

Hacernos <<humanos>> es hacernos plenamente lo que somos; hacernos verdaderamente <<adultos>>, hombres cumplidos. Es decir, gentes capaces de engendrar un entorno humano. Porque no son tramposos, no siembran la división, no se sumergen en los trucos del error, no son niños zarandeados por cualquier ventolera de doctrina. Muy bien se expresa ese impacto humanizador en la parábola del buen samaritano (Lc 10, 30ss). La pobre humanidad está medio muerta, molida a palos, desnuda y tirada en el camino.

Los “profesionales” de lo sagrado (el sacerdote y el levita) le dieron buenas palabras. Pero llegó el samaritano y se le acercó al caído, complicando e implicando su propia vida. Para ello el samaritano se acercó a ver, compartió el sentir del pobre

hombre, se puso a hacer cosas en su favor (vendar o echar aceite y vino, montarlo en la cabalgadura, llevarlo a una posada, cuidarlo, etc.) y finalmente aseguró un cuidado para el futuro, estableciendo un modo de ayudarlo hasta su curación pagando al posadero. La Encarnación es la carne llena de humanidad de Jesús.

Buen samaritano, cruzada activamente con nuestra humanidad, maltrecha y que complica su vida para aliviar y mejorar la nuestra, dándonos, no ya dos denarios, sino su propia vida; ¿cómo es posible que con Él no nos lo regale todo? (Rom 8,32).

Desde esa humanidad divina es lógico que pida que <<El emigrante, el huérfano y la viuda que viven en tu heredad coman hasta saciarse>> (Dt 14,29).

Es humano Dios cuando pide condonar toda deuda cada siete años, advirtiendo que en el sexto año sean igual de generoso, aunque al siguiente tengas que condonar la deuda (cf Dt15,9). Humano es Dios cuando pide que liberes a tu esclavo recordando que tú lo fuiste también en Egipto. Humano es Dios cuando pide que ayudes a tu hermano a buscar su buey. Humano es Dios cuando se preocupa de que las azoteas tengan pretil para que nadie caiga (cf Dt 22,8). Para humanizar <<**La Palabra se hizo carne**>> (Jn 1.14).

Ocurrió lo impensable: Dios se hizo hombre cabal. San Juan utiliza la palabra griega sarx (carne). ¿Por qué prefiere Juan utilizar aquí la palabra sarx cuando el mismo utiliza muchas veces la palabra “hombre” a propósito de Jesús? Lo hace para caracterizar mejor la condición nueva de la Palabra hecha hombre entre los hombres. El verbo se hizo un <<hombre>> siendo plenamente la Palabra. No le puso el vestido de hombre, sino que vació su relación con el mundo creado convirtiéndose en hombre. La samaritana podrá decir en verdad: <<Éste hombre me ha dicho todo lo que he hecho, y los judíos afirman con certeza: <<**Este hombre habla de forma sorprendente**>>.

El Dios que se encarna es el Dios de la alianza que toma figura humana, es para hacer participar a los hombres de su propio ser y, de este modo, manifestar lo que un hombre auténtico está llamado a hacer por el proyecto de Dios. Dios quiere comunicar a los humanos la vida que sólo él posee. Pero el diálogo es entre libertad y libertad: “este es el designio de mi Padre: que todo el que reconoce al Hijo y cree en Él tenga vida eterna” (Jn 6,40). La Palabra, la Sabiduría eterna que <<disfrutaba con los hombres (Prov 8,31) ha demostrado espléndidamente que era espíritu amigo de los hombres>> (Sab 1,16) buscando plantar su tienda en nosotros.

Entre unos testimonios me encontré el siguiente: Cuando en agosto 1998 se produjo el tremendo atentado de Omagh (Irlanda) me impactó el testimonio del niño de 12 años Fernando Blasco Baselga, víctima del atentado, y que había dejado escrito en uno de los últimos trabajos del colegio: <<*Dios es mi mejor amigo porque está lleno de todas las cosas mejores. Dejarse llenar de esta bondad de Dios cambia la vida de arriba abajo*>>.